

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

FRA PRIMITIVO Y EL POZO

Fra Primitivo era de los primeros Franciscanos. Había conocido, siendo novicio, al pobrecillo de Asís, y había besado sus huellas por los caminos de Toscana. También había bebido las palabras de leche y miel de fra Columbano y fra León, y había reído de las travesuras de fra Junípero, con esa risa de simplicidad, que suena en el cielo a música de ángeles.

Y cumpliendo el mandato del Padre, fra Primitivo acostumbraba a salir a mendigar por el campo, y pasaba el día entero yendo por las granjas y huertas con una esportilla en la mano. Cuando le daban un mendrugo besaba la mano limosnera, y alababa al Señor. Cuando recibía una repulsa hacía lo mismo, porque sabía la ciencia de la resignación.

Por las tardes, cuando ya el sol se ponía detrás de las colinas llenas de olivos, fra Primitivo, cansado de la faena del día solía volver al convento por un camino duro y penoso, por ser cuesta arriba. En un descanso, donde la cuesta formaba como una mesetilla, había un pozo de agua riquísima y fresca, rodeado de acacias y terebintos. Allí, fra Primitivo que llegaba torturado por la sed, metía la mano y bebía agua en su palma, encogida en forma de copa, alabando, mientras tanto, al Señor, por el regalo de tan limpia y bella criatura, como es el agua.

Pero un día en que traía la lengua más seca que nunca, pensó que sería grato al Señor si le ofreciese aquella sed que tanto le mortificaba. Aquel día, pues, metió la mano en el agua para sentir su frescura, y luego, apretando el paso, siguió hacia el convento sin probar una gota.

Y Dios le premió. Porque al levantar fra Primitivo la cabeza al cielo, según tenía por costumbre, vió que sobre el azul obscuro del atardecer había aparecido un lucero claro y gracioso. Fra Primitivo que era docto en la interpretación de los signos naturales, cosa que había aprendido por intuición de amor, comprendió enseguida que aquello no era *visión corporal* sino *espiritual*, y que significaba que el Señor ha-

bía tomado en cuenta su mortificación y la había apuntado a su cuenta.

Sonrió, pues, y bendiciendo a Dios, siguió hacia el convento por la vereda orlada de rosales silvestres.

Animado por aquella muestra de agrado del Señor, fra Primitivo hizo lo mismo al día siguiente, y al otro, y al otro. Pasaba, metía la mano en el agua, y seguía sin beber. Y cada día veía aparecer en el cielo un lucero nuevo, con lo que comprendía que Dios llevaba la cuenta de sus merecimientos y le preparaba con ellos una corona.

Y así llegó un día en que, siendo ya viejo fra Primitivo dispusieron los superiores que le acompañase un novicio en su tarea de mendigar, a fin de que le imitase en todo, se aleccionase con su ejemplo y se fuese instruyendo en la ciencia de la humildad.

Salió, pues, fra Primitivo, acompañado del hermanito, y juntos anduvieron todo el día recogiendo en la esportilla panes, tortas y legumbres.

El día había sido de pleno estío y muy calmoso y despejado. El hermanito Sol quemaba de lo lindo, y los hábitos pardos pesaban (como esas vestiduras de latón, que ideaban algunos para ponérselas en el Vaticano a las estatuas demasiado primaverales).

Al atardecer, iban pues, los dos frailecitos por la vereda de los serales, hacia el convento. Andaban sudorosos y jadeantes, pero, a pesar de eso, entretenían la marcha en dulces coloquios de cosas del espíritu.

—Hijo mío—decía fra Primitivo—alabemos al Señor en sus criaturas. El sol, la luz, el agua, son dádivas del amor, y con amor debemos gozarlas.

Y luego preparándole con las doctrinas, para el ejemplo que en la práctica pensaba darle poco después, añadía:

—La mortificación es el disfrute de las cosas por el amor. El agua, criatura del Señor, la gozan los sentidos bebiéndola.

Pero el espíritu la goza dejándola de beber por amor. La mortificación es gran cosa en cuanto es testimonio de amor; sin él nada valdría, porque el

amor es antes que ninguna otra cosa. Nuestro Padre es grato a Dios disciplinándose; pero aún más cuando llevó a fra Silvestre, que se estaba muriendo, un racimo de uvas moscateles que se le habían antojado; y aún, antes de dárselo, lo bendijo para que fueran más sabrosas y dulces.

Diciendo esto habían llegado al pozo de las acacias y los tamarindos. El calor era sofocante y pesado. A pesar de ello, fra Primitivo se dirigió al pozo para meter la mano y seguir sin beber, según su costumbre. Pero cuando ya iba a hacerlo, miró al hermanito novicio. Venía jadeante de calor. Los ojos se le habían encendido mirando el agua fresca y limpia. Entre dientes había pronunciado una sola palabra.

—¡Un pozo!

Luego había mirado a fra Primitivo, cuyo ejemplo tenía ordenado seguir en todo momento...

Entonces fra Primitivo sintió mucha compasión del hermanito novicio. Y lo que la sed no pudo ningún día, lo pudo aquel día la compasión; con mucha serenidad, como si fuese su costumbre cotidiana, metió la mano en el agua, y bebió en la palma plácidamente.

Enseguida el novicio bebió con avidez. Mientras le oía sorber golosamente el agua pura en la palma de la mano, fra Primitivo levantó, como siempre, los ojos al cielo...

Y vió que sobre el azul obscuro de la tarde, en vez de uno habían aparecido aquel día dos luceros.

José María PEMAN.

La Patria Hispana

España, como siempre, vive dando al mundo ejemplo de serenidad. Independientemente de su régimen político, hoy lo mismo que ayer, su actitud comentada apasionadamente, dió el tono sereno de imparcialidad en los momentos en que el mundo emprendía locas aventuras sin fundamento firme en qué basar sus innovaciones.

Las naciones hispano-americanas, contemplan con admiración a la madre patria que dando ejemplo de desapasionada política internacional va sorteando los obstáculos que el mundo ha planteado a todas las naciones.

Se libra de la guerra mundial por dos veces, ajena por completo a los pleitos que la plantearon. Estudiando la experiencia ajena, no cree en las fantasías que le brindan regímenes nuevos. Sin gestos espectaculares, rechaza llena de dignidad las sugerencias extrañas para decidir sobre sus destinos. España, sabe su camino, y lo recorre con su propia responsabilidad, siempre fija la vista en los principios que fueron base de su constitución ideológica, en las normas que la fe religiosa dicta a los hombres de buena voluntad.

El mundo, subyugado por presiones extrañas o por recomendaciones de los poderosos, va inclinándose de un lado o de otro según las conveniencias y circunstancias. España se mantiene firme apasionando los comentarios ajenos, sin apasionarse ella en sus actitudes políticas. No tiene prisa en solucionar sus problemas de política, sabe muy bien que los tiempos son malos para lanzarse a la busca de aventuras y espera con la paciencia del que sabe su camino que va acertada y no yerra al no hacer caso ni de los poderosos, ni de los mendigos.

El mundo vive en épocas de transformación, buscando la solución de sus problemas en las doctrinas materialistas. Y España sabe muy bien que la verdad es ella, y sin dictar leyes al mundo, va dando normas con su serenidad de juicio y su desapasionamiento a quienes quieren oír y aprender.

Las naciones hispanas admiran a la madre patria. Comprenden su gesto lleno de dignidad y de grandeza, saben que quien lo dió todo en una cruzada de descubrimientos hasta llegar a la ruina propia por crear nuevos mundos, puede con su ejemplo corregir al que yerra y dar consejo al que lo ha de menester.

La España romántica no sabe de ambiciones internacionales ni de malas artes para captarse «espacios vitales» en países ajenos. Su dominio es el dominio espiritual de los pueblos que saben cumplir las misiones históricas que Dios les ha confiado. Descubrió pueblos con su sangre y cooperó a hacerlos fuertes sin preocuparse de esclavizarlos eternamente para explotar mejor sus productos nativos. Repartió su cultura, su fe y su religión dejando por todas partes pedazos de su carne en el cumplimiento de su misión. Hoy, como ayer, enseña con el ejemplo sublime de su serenidad en la tormenta, señalando a quienes fueron sus hijos y a la humanidad entera que Dios es el pensamiento que debe de animar sus actos si quieren sobrevivir.

Las naciones de la América latina comprenden a su madre patria y la rinden de continuo el homenaje de su admiración.

España sigue siendo maestra en la historia universal.

X.

El periódico es el arma más poderosa en la lucha por la verdad. Gana las batallas por la persuasión y por la fuerza de la razón.

Oración de la Tierra

SONETO

Soy la Tierra, Señor: Yo soy fecunda por la savia preciosa recibida de tu don. Eres Tú fuente de vida, y tu fuerza vital siempre me inunda.

Tanto tu jugo en Ti, Señor, abunda, que soy fruto y soy flor y soy comida; yo soy trigo y soy uva, y en mi anida de tu manjar promesa muy profunda.

Yo quiero agradecerte estos favores, pero sin Ti, soy muerta y necesito me fecundes, Amor de los Amores.

Calienta mis entrañas con tu luz; plántate en mí, Señor, y oírás mi grito al clavarme la espada de tu Cruz.

HERMENEGILDO RODRIGUEZ.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Conocía muy bien Jesús de Nazaret, toda la maldad que encerraban escribas y fariseos en sus conciencias.

Por eso sus palabras de condenación son hirientes y sus anatemas terribles. Cuando le preguntan, sabe muy bien el Maestro, que su intención es maligna, y Jesús contemplando tanta maldad se indigna contra ellos y de sus labios, siempre propicios a la misericordia, salen las duras palabras que nos dice el Evangelio:

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, porque sois como sepulcros que no se ven y de los que nada sabe quien sobre ellos anda».

La sentencia de aquel día no los ha exterminado; a cada generación resurgen con nuevos nombres. Los escribas y fariseos actuales siguen insidiosamente o con inconsciencia absurda combatiendo las verdades que predicaba Jesús de Nazaret.

No hemos de señalar hoy el grupo de los fariseos que todos conocemos porque los hemos visto no hace mucho a través de la parábola del fariseo y el publicano.

Vamos a comentar la labor indigna del «fariseillo» que con inconsciencia absurda no llega a la categoría de fariseo.

Tampoco vamos a creer en la perversa intención de estos personajes que «sin darse cuenta» hacen tanto daño a la fe que profesan.

La religión da unas normas que abarcan la vida toda del individuo. Los actos externos del culto fortalecen esa fe, pero al mismo tiempo esas creencias que tan íntimas están en la conciencia han de reflejarse en los actos corrientes de la vida diaria. Y la fe de católico debe inspirar sus actividades diversas.

Y demostrar su credo en el hogar, y en la profesión, y en el comercio, y también en la calle, en sus conversaciones, en el café, en los negocios y en la caridad para con sus semejantes.

Parece que algunos son creyentes en la iglesia, pero luego sus actos de la vida

cotidiana lo desmienten. Engañan en sus charlas, en sus negocios, en sus opiniones, en la educación a sus hijos, en el hogar. Como si nada tuviera que ver una cosa con otra.

Esto hace mucho daño a la religión que profesan y quienes no creen sacan consecuencias muy lamentables, pues deducen de un caso o varios casos particulares consecuencias generales, sin pararse a pensar si el mal está en quien no cumple lo que su religión le ordena, que si lo hiciera otra sería la consecuencia.

Piensen algunos si su manera de vivir públicamente está en consonancia con sus ideas religiosas y procure adaptarse a ellas pues el mal que hace, tal vez inconscientemente, es muy grande para que no traiga tarde o temprano peligrosas consecuencias.

El mundo necesita reformarse espiritualmente; pero nada se conseguirá si la reforma no empieza por hacerse individuo por individuo, perfeccionando nuestras costumbres y siendo consecuentes con las ideas que profesamos.

Perjuicio enorme ocasiona a la Religión católica, la actitud de muchos hombres que se les tiene por personas de arraigadas creencias y su vida no responde a los principios de la fe que ya heredaron de sus padres.

Reformarse individualmente. Ahí está la solución de los problemas sociales. Que el católico sea católico en todos sus actos, que lo sea en el trato con sus inferiores, con sus amigos, en sus relaciones comerciales, en su vida de hogar. Que continuamente tenga presente que profesa una fe que fué dictada sabiamente por Dios mismo en las magníficas enseñanzas que dictó a los hombres en sus años de vida en este mundo. Si esta reforma se lleva a cabo, persona por persona, individuo por individuo, la sociedad cambiará también mejorando para bien de todos, pues el conjunto de personas forma la sociedad y si ese conjunto no está formado por seres de convencidas y arraigadas creencias religiosas no será posible lograr la reforma de los pueblos.

Nadie rechazó la religión por antisocial, ni tampoco por injusta en sus principios, sino porque sus creyentes, hipócritamente, o con inconsciencia incomprendida, no la cumplen en todos sus preceptos.

Cúmplase ésta en todas sus partes y la fe se impondrá forzosamente a todos los hombres, por la fuerza irresistible de sus principios.

Jesús de Nazaret, a pesar de su misericordia para con los hombres y de sus continuas palabras de perdón para el humillado pecador que confiesa arrepentido su pecado, no deja una sola ocasión para fustigar con su mayor energía el tráfico inmoral de los comerciantes desaprensivos que afanosamente acaparan los bienes ajenos empobreciendo a sus semejantes y la ridícula actitud de los escribas y fariseos de todos los tiempos, llenos de perversidad o de absurda inconsciencia.

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!»

R.

Francisco de Asís y el Walí de Jerusalén

Era un mediodía, cuando el Sol disparaba sobre la afligida Jerusalén sus abrasadores rayos. Todo reposaba tranquilo en la Ciudad, desde el Walí muellemente tendido sobre su diván, hasta el soldado de guardia, hasta el miserable pordiosero que yace indolente a lo largo de las polvorosas calles entre sueltos adoquines y soñolientos perros.

Dos hombres, saltando por una brecha las murallas de Jerusalén, recientemente desmanteladas por el Sultán de Damasco, y avanzando con lentitud y cautela por las solitarias calles de la Ciudad, llegaban sin ser notados a la plaza de la Basílica del Santo Sepulcro. Eran dos míseros peregrinos, medio monjes y medio mendigos; una capucha cubría sus rapadas cabezas, un ceñidor de cuerda sostenía a su costado la clásica cucúrbita y ajustaba a su talle el destrozado sayal que vestían, y un ramo de palmera deshojado les servía de bordón para sus cansados pasos.

El más anciano de los dos golpea con resuelta mano la puerta siempre cerrada del Santo Sepulcro. El indolente cabo de guardia que vigilaba el pórtico, substrayéndose malhumorado a las delicias de la siesta, pregunta con irritada voz, qué es lo que pretendían los dos recién llegados.

—«Venerar el Santo Sepulcro», responden ellos; y el guarda extendiendo la mano, «Bueno, dice, nueve *zequies* de oro por cada uno; total dieciocho. ¡Pagad!»

—No tenemos nada, responde el más anciano de los dos monjes, por amor de Jesús, Hijo de María, déjanos entrar.

—¡No tienes nada, miserable perro, replicó el guarda, y vienes aquí a despertarnos! ¡Aguarda!... y los soldados, saliendo furiosos de su cuchitril, cubren de azotes y de injurias a los dos monjes y los arrastran ante el Walí. Levantándose de la siesta no de mejor talante que sus dependientes, el Walí se dirige a su tribunal; y allí, una vez escuchada la relación del cabo de guardia, ordena a los monjes que desembolsen inmediatamente la cantidad exigida, duplicada ahora a título de multa.

—No tenemos ni siquiera un maravedí, dijo el más anciano de los dos. Haz que tus guardias nos registren, si así te place. Somos dos monjes mendigos, que no recibimos dinero, ni tenemos otra cosa sino el pan que Dios nos depara.

—¿Y tenéis osadía de presentaros con pretensiones de entrar en el Santo Sepulcro? repuso el Walí; además, no cabe duda que, en este mismo día habéis entrado vosotros en Jerusalén sin pagar el peaje en la puerta de Jaffa. ¡Lo habéis confesado!... ¡Verdugo, cercenad las cabezas a estos miserables!

Echando mano a la espada y dibujando en su rostro una sonrisa feroz, el verdugo asió al monje por la cabeza, y cuando su acero describiendo en el aire un círculo iba a caer sobre el desnudo cuello del monje, —«un momento, oh, Emir, dijo: ¿qué significa para tí un minuto más o menos? Ordena, pues, a tu Secretario, que te entregue la carta que llevo sobre mi pecho, y que por tener las manos ligadas no te puedo entregar yo mismo». Sorprendido el Walí dá la orden indicada; y el Secretario, removiendo los vestidos del monje, toma de sobre su corazón una hoja de pergamino. La mira y palidece al observar que un cordoncillo de seda roja rodea los pliegues del pergamino, y que de él pende un sello de oro en el que se leía, en caracteres arábigos, el nombre del augustísimo y poderosísimo príncipe, el Sultán de Egipto y del Cairo, el Malek-el-Kamel. El Walí, a su vez, reconoce también el sello, y una palidez de muerte invade su rostro. —Lee, dice a su Secretario con débil y apagada voz; y el Secretario, medio desvanecido, da lectura a aquella carta escrita con tinta carmesí, en la cual el rey de los reyes, el Sultán de los Sultanes, el Señor de ambos Egiptos, declara que toma bajo su más afectiva protección al monje Francisco, su mejor y mas querido amigo, que ha llenado de admiración y asombro a toda su corte con numerosos y estupendos milagros; y amenaza con toda su indignación y con una venganza ejemplar, sea quien fuere, grande o pequeño, al que se atreviese a injuriar a cualquiera de los dos monjes aun del modo más insignificante.

Este monje era San Francisco de Asís, el amigo de Dios y de la pobreza, el gran taumaturgo, el insigne predicador del Oriente, el Patriarca de la Orden Seráfica, el cual venía con el designio de abrir una casa en Jerusalén, y sustituir en el Santo Sepulcro a los caballeros vencidos, a los hombres de armas derrotados, monjes vestidos de sayo, siempre prontos a derramar su propia sangre en defensa de la Sagrada Tumba.

—Perdona, exclama de repente el Walí, perdona, oh hombre de Dios, y no desencadenes sobre mí la formidable ira del potentísimo Sultán de Egipto. Acepta un refresco tú y tu compañero, y pide lo que quieras en compensación de las injurias que has recibido. Toma entretanto este bolsillo, que contiene cien monedas de oro.

—Señor, responde el monje, te he dicho ya que no recibimos ni oro, ni plata. Por lo demás no tienes que temer nada del Sultán de Egipto. Mas ya que te dignas ofrecerme una gracia, escucha: al atravesar hace un momento el desierto barrio de Sión, he visto cabe la iglesia del Cenáculo, convertida, ¡oh, dolor! en un establo, una casucha abandonada y ruinoso. Dámela para siempre, para mí y para mis religiosos, que vendrán después de mí en lo futuro. Haré de ella un pequeño albergue en el cual podré con mis hermanos orar ante Jesús el Hijo de Ma-

ría, junto al lugar donde celebró la última Pascua con sus Apóstoles. En contra-cambio de un tal favor, yo mismo te recomendaré a los Sultanes del Cairo y Damasco, los cuales a petición mía, te confiarán, estoy ciertísimo, un gobierno más importante.

—¡Concedido... exclama alegremente el Emir; y vuelto al Secretario escribe, le dice, el acta de donación, para que le ponga mi sello al momento. Y tú, oh amigo de Dios (a San Francisco), permanece en paz en Jerusalén, y toma a tu cuidado el Sepulcro del Hijo de María, que yo lo confío a tu custodia, autorizándote para conservarlo y embellecerlo.

Y así fué como, a costa de su vida, el buen San Francisco, el admirable Santo que recibió las llagas de Jesucristo, que hablaba con Dios, y predicaba a los pájaros, fundó la primera casa franciscana de Jerusalén que produjo aquella pléyade de religiosos heroicos, quienes durante quinientos años, en medio del silencio de la Europa indiferente, preservaron el Santo Sepulcro y lo conservaron al amor doliente de los fieles y de los peregrinos.

Francisco Torrens, Pbro., T.

Comentando

CRITICA

Yo no tengo tarjeta de racionamiento de azúcar ni compro nada de estraperlo. Esto explica el por qué mis Comentarios más bien son agrios que dulces. A los lectores melosos que les guste verse endulzados por el almíbar de la adulación, creo que mis artículos les sabrán a acíbar. A pesar de ello, yo sé de algunos que, entre insultos y denuestos, los leen para pasar un mal rato y reconocer, quieras que no, la razón de mis diatribas.

Para aquellos que no les gustan las cosas muy dulces, ni muy agrias, estos artículos míos les saben a ridiculeces ajenas, quizás sin darse cuenta de que muchas veces esas ridiculeces también son propias, a pesar de que las vigas que ciegan sus ojos solo les dejan ver las pajas del ajeno.

Hay otros lectores que reconocen lo ridículo de la vida del hombre, de la ajena y de la propia, y se deleitan cuando se les pone delante de sus pupilas. Estos que se rien de su sombra son de mi escuela. Yo me río de mí, yo me río de ti, yo me río de él, y de nosotros, de vosotros y de ellos.

Esta es una conjugación que tiene atisbos de filosofía y de humanidad. Medio mundo se ríe del otro medio. No hace falta decir lo que hará la segunda mitad. Yo pertenezco a las dos mitades del mundo. Cuando me toca reconocer las cosas de los demás, soy de una mitad. Cuando me toca reirme con otros de mí mismo, soy de la otra. Pero no por eso dejo de reirme a mandíbula batiente.

Si bien miramos las cosas, veremos con imparcialidad que de quien más nos podemos reir es de nosotros mismos. Esto se explica bien. A nadie conocemos mejor

que a nosotros mismos, y en el interior de nadie leemos con la misma facilidad que en nuestra conciencia. ¿No es cierto que en nuestros actos propios, incluso aquellos en los que queremos aparentar ser más y mejores que los demás, son más ridículos que los de ellos a la luz de nuestra conciencia? El que diga que no, miente. La realidad nos enseña que el ser más ridículo de la creación es uno mismo, cuando se juzga con imparcialidad.

Esta es la razón de porqué yo nunca quiero emitir una crítica de mis obras. En uno de mis primeros «Comentarios», cuando decía que empezaba «pelando» a los demás, añadía que a mí, «que me pelen otros». Nada más humano y más lleno de razón. Si la crítica ha de ser desapasionada, he de salir mejor librado de la ajena que de la propia. Si la crítica ha de ser apasionada, nada me importa.

Que me critiquen otros. En estas mismas líneas se me ha criticado duramente en algunas ocasiones, y es el día de hoy

que agradezco esa crítica y desprecie a las bicicletas. Porque otra cosa que tiene la crítica, es que, cuando es razonada, convence de la verdad o de la falsedad de las afirmaciones de uno.

Y yo estoy en mis trece.

HERO.

El Presidente de Colombia antes de tomar posesión de su cargo.

En la mañana del mismo día que el nuevo Presidente de Colombia tomaba posesión de su cargo, una ceremonia sencilla y alentadora tenía lugar en su casa particular.

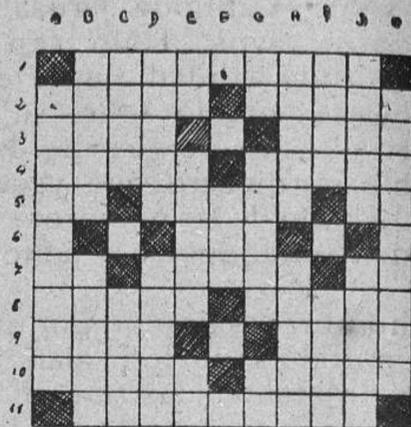
Celebrando la Santa Misa el doctor D. Jesús Enciso, canónigo lectoral de Madrid y miembro de la misión española, el Presidente recibía de sus manos la sagrada comunión permaneciendo durante algún tiempo orando después del Santo Sacrificio.

Ante la responsabilidad que el cargo de Presidente echaba sobre sus hombros, inclinó su frente ante el Dios de los poderosos y de los humildes pidiéndole el acierto necesario para llevar a su pueblo por el camino del bienestar y de la paz.

Solución al Jeroglífico núm. 30 por MORAN

ENSILLADO

Crucigrama núm. 24, por Morán



HORIZONTALES.—1. Hace perder la paciencia.—2. Pasión. Al rev., cáscara de nuez.—3. Imitaciones. Al rev., piedra preciosa.—4. Religión japonesa. Al rev., adherirá.—5. Terminación verbal. Metal. Naípe.—6. Consonante. Río español. Consonante.—7. Repetido, palabra infantil. Irlandesas. Artículo.—8. Italiana. Al rev., entusiasmo.—9. Simple. Contacto.—10. Cultiváis. Pueblo de León.—11. Espada antigua.

VERTICALES.—A. No accede.—B. Participar. Al rev., isla del Mediterráneo.—C. Personaje mitológico. Al revés, ciudad famosa de Cuba.—D. Número. Al rev., hazle al gato.—E. Río gallego. Molusco. No niega.—F. Consonante. Espacio de tiempo. Consonante.—G. Río italiano. Irritar. Repetido se alegra.—H. Región griega. Hermana.—I. Apócope de rabinón. Ensalzar.—J. Al rev., invalida. Daña la salud.—K. Femenino, animal que tiene concha.

Ornamentación Religiosa Artística
Talleres de Escultura, Talla y Dorado
DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6 **VALENCIA**
Junto a la Plaza de la Virgen

César A. Prieto
PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Mollón, 2 - Tel. 3115
GIJON

Materiales de Construcción

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones
RUPERTO RIVERO MORAN
Covadonga, 27 - Telefon 1817 - GIJON

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados.

Santa Rosa, núm. 4 **GIJON**

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874
La más antigua de la provincia
Moros, 40 **GIJON** Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA
Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 **GIJON** Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 **GIJON** Moros, 56

La CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA
Pola de Gordón (León)